

RABADANES. UNA NUEVA NECRÓPOLIS DE ÉPOCA TARTÉSICA EN EL BAJO GUADALQUIVIR*

RABADANES. A NEW NECROPOLIS IN THE LOWER GUADALQUIVIR DATING TO THE TARTESSIAN ERA

MANUEL PELLICER CATALÁN
JOSÉ LUIS ESCACENA CARRASCO
Universidad de Sevilla

Resumen. El hallazgo de una necrópolis del Hierro Antiguo en Las Cabezas de San Juan (Sevilla) ha revelado de nuevo los problemas para el conocimiento del mundo funerario de época tartésica. Éstos se refieren sobre todo a la falta de tumbas anteriores a la colonización fenicia y a la atribución étnica de las fechadas en el Periodo Orientalizante.

Palabras clave: Fenicios, Tartessos, necrópolis

Abstract. The discovery of an Iron Age necropolis in Las Cabezas de San Juan (Seville) has once again revealed the problems of understanding the funerary world of the Tartessian era. These are primarily due to the lack of an archaeological record before Phoenician colonization and the ethnic attribution of tombs dating to the Orientalizing period.

Key words: Phoenicians, Tartessos, necropolis

INTRODUCCIÓN

Con motivo de la aprobación en 1999 de un proyecto arqueológico de investigación sistemática por parte de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, un equipo de las Universidades de Sevilla y Málaga dirigido por el profesor José Beltrán Fortes comenzó una serie de trabajos de campo en el área de la margen izquierda del Guadalquivir que delimitaba en la Antigüedad el Golfo Tartésico. Como primera fase de esas investigaciones, se abordó la recopilación de la documentación arqueológica existente hasta la fecha. Asimismo, se llevaron a cabo algunas excavaciones de salvamento, cuyos resultados quedarían más tarde integrados en el mencionado proyecto. Algunas de las primeras intervenciones se centraron en la localidad sevillana de Las Cabezas de San Juan, cuya corporación municipal había dado sobradas muestras de pre-

ocupación por el estudio y protección de su patrimonio histórico¹.

Fruto de estas actividades fue la excavación arqueológica llevada a cabo en el Cerro Mariana, uno de los núcleos prehistóricos y protohistóricos originarios de la actual población (Beltrán y Escacena, 2001). Igualmente, no menos importante ha sido el análisis de los restos romanos, resultado de los cuales puede ser, entre otros, la identificación de este enclave con la antigua ciudad de *Conobaria* y el consiguiente rechazo de que se trate de *Vgía*, como tradicionalmente se había venido defendiendo (Beltrán, 1999).

Después de las excavaciones del Cerro Mariana en 1998-99, pero antes de entrar en vigor las normas legales de protección del yacimiento una vez reconocida la riqueza arqueológica del

* Trabajo elaborado en el marco del grupo de investigación HUM-402 del III Plan Andaluz de Investigación (Junta de Andalucía).

1. Además de agradecer al Profesor J. Beltrán que haya contado con nosotros como colaboradores en el Proyecto, queremos mostrar nuestro reconocimiento aquí a D. Francisco López, concejal delegado de Patrimonio del Ayuntamiento de Las Cabezas de San Juan, y a D. Antonio Jiménez, quienes nos han facilitado en todo momento el acceso a la información y el contacto con los descubridores de la necrópolis.



Figura 1: Reconstrucción de la línea de costa de la desembocadura del Guadalquivir en época tartésica.

casco histórico de Las Cabezas de San Juan, se produjo el hallazgo que motiva la presente publicación, consistente en una serie de tumbas de época tartésica que sugieren la existencia de un cementerio protohistórico en el barrio de Rabadanes, formando una necrópolis que vendría a sumarse a las ya conocidas en el territorio tartésico y recogidas en la literatura arqueológica tanto en repertorios comarcales (Sánchez Andreu, 1994) como regionales (Torres, 1999).

El rescate de toda la información concerniente a tal descubrimiento lo debemos a D. Juan José Guijo Carretero, vecino de Las Cabezas de San Juan y uno de los trabajadores que intervinieron en la obra que dio con la necrópolis. En sus notas está basado en parte nuestro trabajo y la valoración de los restos.

Toda la documentación procede del solar del antiguo Cine San Juan, que fue vaciado en 2002 para proceder a una nueva construcción. Con motivo de esas remociones de tierras se controlaron hasta ocho conjuntos de restos, que fueron recopilados en sendos paquetes y depositados en la *Colección Histórica Municipal de Las Cabezas*, con ubicación actual en el edificio del Ayuntamiento. Por tanto, ante la imposibilidad de ofrecer una información más detallada, en este trabajo presentamos la documentación y su

valoración según esos lotes separados por los propios descubridores. En algún caso, estas personas tomaron referencias de las circunstancias del hallazgo, de forma que hoy podemos precisar algunas cuestiones sobre estratigrafía o sobre cómo estaban ordenados los ajuares de algunas de las sepulturas.

En conjunto, parece que la necrópolis se concentraba en la delantera del solar, ya junto a la calle de acceso al mismo, de forma que algunos enterramientos se situaban casi debajo de la propia acera que pasa por delante del inmueble. Este emplazamiento corresponde a una de las zonas más altas del pequeño cerro sobre el que está emplazado el barrio de Rabadanes, a su vez situado en la ladera norte del cabezo que ocupa el casco antiguo de la población, junto a la antigua ruta que comunica con Los Palacios y Sevilla. Este camino pudo ser ya, por tanto, una vía de entrada al asentamiento protohistórico.

Las urnas mejor conservadas se encontraron encajadas en huecos excavados en el suelo virgen, compuesto en parte por materiales calizos, y estaban cubiertas por un estrato de tierras negruzcas y humus que medía entre 40 y 50 cm. Éstas son las únicas referencias topográficas tomadas en su día, sin que existan por tanto datos relativos a la distribución espacial de los

hallazgos ni a la posibilidad de que las sepulturas estuvieran cubiertas por estructuras tumulares o señaladas al exterior por algún elemento.

CONTEXTO PALEOGEOGRÁFICO, HISTÓRICO Y ARQUEOLÓGICO

La localidad sevillana de Las Cabezas de San Juan, identificada hoy como ya hemos señalado con la antigua ciudad de *Conobaria*, se encuentra en la actualidad relativamente distante de la costa atlántica. Sin embargo, cuando nació en este punto el primer asentamiento humano, detectado hasta ahora sobre todo en el sector de la población conocido como Cerro Mariana, el límite oriental de la comarca de Las Marismas constituía el litoral de una gran ensenada marina que los textos antiguos conocieron como Golfo Tartésico primero y como Lago Ligustino después (Fig. 1).

Los intentos de reconstruir el paisaje de tiempos prehistóricos y protohistóricos se han abordado desde dos puntos de vista distintos: la lectura de los textos antiguos y los estudios paleogeográficos. El poeta latino Rufo Festo Avieno cita un extenso golfo marino en la desembocadura del Guadalquivir, luego convertido en lago litoral en época romana (*Ora Maritima* 265 y 284). Este ambiente ha sido confirmado por análisis geológicos, que sostienen la formación de la actual comarca de Las Marismas en un medio salobre (Gavala, 1959; Menanteau, 1982; Borja y Díaz del Olmo, 1994; Arteaga *et alii*, 1995). Dicha bahía logró su extensión mayor hacia mediados del Holoceno, con el máximo transgresivo flandriense. Sin embargo, los limos y otros sedimentos que arrastraba el río a lo largo de su cauce fueron colmatándola, y comenzó a formarse hacia el 2000 a.C. un delta que motivó el avance de la desembocadura y el relleno de la cubeta del golfo. En época tartésica, esa zona deltaica se encontraba a la altura de Coria del Río, donde el estuario formaba un estrecho (Arteaga *et alii*, 1995, 116-117). La enorme ensenada prosiguió luego su proceso de colmatación, y curso arriba de las bocas del río comenzó a dibujarse una llanura de inundación hasta la altura de Sevilla al menos. En época turdetana, el relleno del golfo continuó hasta reducir sus orillas, y dio lugar a que en algunos puntos de la vieja línea de costa no llegasen las aguas marinas más que con la pleamar. Son los esteros que describen las fuentes grecolatinas. En tiempos romanos, la desembocadura del Guadalquivir había alcanzado ya la zona de

Lebrija, localidad vecina de Las Cabezas de San Juan (Arteaga *et alii*, 1995, 118).

El paisaje del golfo tartésico ha podido reproducirse con las inundaciones de los últimos inviernos (1996 a 1998), cuando las aguas del río ocuparon la marisma hasta alcanzar el antiguo litoral. A. Schulten (1955, 115) señaló también esta cuestión en sus comentarios sobre la *Ora Maritima*: «El lago ligustino es la marisma más abajo de la ciudad de Coria. El río, cuando baja lleno por efecto de las lluvias, aún hoy suele formar un lago».

Si para el entorno paleogeográfico se cuenta con datos suficientes como para reconstruir la desembocadura del Guadalquivir, no ocurre lo mismo en relación con el entorno ambiental, donde se ha acusado hasta ahora la falta de análisis polínicos o antracológicos, entre otros, que posibiliten conocer la vegetación e incluso el clima del momento. Lo mismo ocurre con la fauna, solo analizada hasta ahora en Lebrija (Bernáldez y Bernáldez, 2000)². Esta carencia de datos hace que se haya recurrido tradicionalmente a las fuentes escritas grecolatinas y a testimonios de cultura material para aportar algunas reconstrucciones del paleoambiente protohistórico.

La abundancia de ciudades en la orilla oriental del golfo tartésico pone de manifiesto que aquella zona no debió de ser poco afortunada en cuanto a recursos. El propio río y el golfo en el que éste desembocaba se pudieron explotar como vías de comunicaciones y de salida de los productos de la tierra; de la misma forma, la fertilidad del suelo facilitaba los cultivos. Precisamente las campiñas situadas en el entorno de Las Cabezas de San Juan constituyen una de las zonas agrícolas más fértiles del Valle del Guadalquivir. Desde este lugar privilegiado, el asentamiento del Cerro Mariana dominaba, pues, dos ambientes distintos: uno agropecuario al este y otro acuático al oeste. Como acabamos de adelantar, el primero le proporcionaba buenas tierras para una agricultura de tipo mediterráneo y para la cría de ganado; en cambio, el segundo le facilitaba las comunicaciones marítimas y fluviales y le dotaba de humedales de los que extraer recursos cinegéticos. En este ambiente, la obtención de sal marina está constatada desde fines del Neolítico en la orilla opuesta del golfo, en el sitio conocido como La Marismilla (Escacena *et alii*, 1996). En el entorno de esta antigua ensena-

2. Los restos óseos estudiados corresponden a la excavación llevada a cabo en 1986 en la calle Alcazaba (Caro *et alii*, 1987).

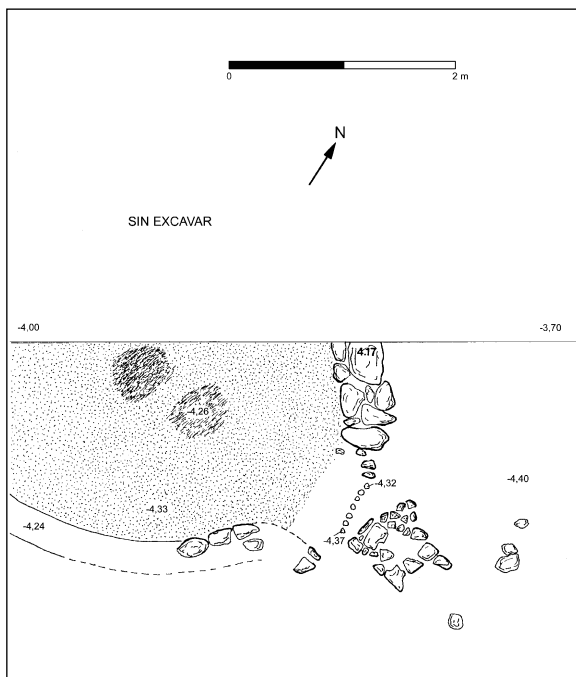


Figura 2: Cabaña circular de época tartésica localizada en el Cerro Mariana, yacimiento identificable con la antigua *Conobaria* y núcleo original de la actual población de Las Cabezas de San Juan (Sevilla).

da marina, las reconstrucciones paleoambientales han sostenido tradicionalmente la existencia de bosques de tipo mediterráneo con especies como el palmito, la encina, el alcornoque, el acebuche y el pino piñonero, o con arbustos como el lentisco, la jara, el romero y la aulaga, entre otros (Díaz del Olmo, 1989, 16-20).

Las excavaciones de 1998-99 en el sector de la ciudad antigua conocido como Cerro Mariana han revelado la existencia sobre el cabezo natural de unos 3 m de estratigrafía protohistórica, sobre la que existía hasta hace poco una acumulación de niveles romanos y medievales retirados en remociones recientes. Dicha secuencia se inicia a finales del siglo VIII o comienzos del VII a.C., pudiéndose relacionar con un área periférica de la población protohistórica, la de su flanco meridional.

La ocupación más antigua comienza en el área sondeada del Cerro Mariana con una choza circular construida con un muro de piedra caliza de procedencia local (Fig. 2). Esta pared se asienta directamente sobre el substrato geológico, es decir, carecía de cimiento. El interior de la cabaña se dotó de un suelo elaborado con una fina película de tierra roja. En el centro de la estancia se documentaron las huellas de dos hogares, que revelan el posible uso de estufas

similares a las constatadas en las casas redondas de *Acinipo* (Aguayo *et alii*, 1986).

Amortizada esta primera construcción, se superpusieron sobre ella diversos estratos en los que se documentan estructuras de muros rectos y pisos de tierra batida. No obstante, entre las viviendas de planta rectangular o cuadrada, de tradición oriental, aparecen cabañas de planta circular u oval de raigambre autóctona. Ambos tipos conviven en el asentamiento protohistórico durante casi todo el Hierro Antiguo. Además de las estancias con paredes de piedra, que pueden interpretarse fácilmente como viviendas, se registró una estructura oval que desde los niveles del siglo VI a.C. perforaba las capas más viejas infrapuestas y que parecía una oquedad usada como cocina. Esta estructura carecía de muros de cierre, y sólo contenía abundantes restos de carbón y ceniza, además de ollas ennegrecidas de cerámica a mano.

La cabaña circular que inaugura el hábitat en esta parte excavada disponía de una puerta hacia el este. Por fuera, el acceso a este vano se pavimentó con piedras, también como las chozas de *Acinipo*, formando un pequeño porche al que desembocaba al menos un senderillo enlosado con fragmentos de cerámica. El umbral se marcó con una fila de siete conchas marinas. En cambio, a las estancias de muros rectos se entraba por puertas precedidas de escalones rectangulares empedrados (Fig. 3).

La estratigrafía del Cerro Mariana revela, en resumen, una importante fase constructiva de época tartésica en la que cohabitan dos costumbres arquitectónicas: la que levanta casas de muros rectos, posiblemente como influencia de la colonización fenicia, y la que fabrica chozas circulares, de herencia vernácula. Esta zona del hábitat no fue abandonada tras la ocupación de



Figura 3: Construcción de muros rectos del Periodo Orientalizante. Cerro Mariana.

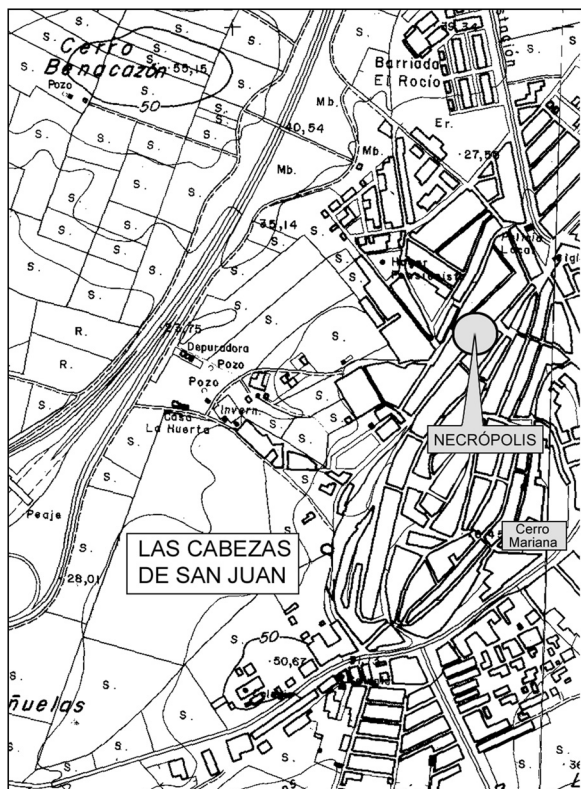


Figura 4: Ubicación del Cerro Mariana y de la Necrópolis de Rabadanes en el casco urbano de Las Cabezas de San Juan.

época tartésica, como de hecho ocurrió en muchos otros poblados de la época (cf. Escacena, 1993). Esto es de especial interés a la hora de valorar la cronología de la necrópolis de Rabadanes, que sí se limita al Hierro Antiguo como veremos.

En el contexto inmediato de la ciudad de *Conobaria*, y con posición paleoecológica similar, se desarrollaron hacia el sur los enclaves de *Nabrissa* (Lebrija) y *Asta Regia* (Mesas de Hasta, en Jerez de la Frontera). Hacia el norte se situaban las bocas del Guadalquivir, que en tiempos tartésicos controlaban los asentamientos de *Caura* y *Orippe*.

LA NECRÓPOLIS

Como hemos indicado, los hallazgos correspondientes a la necrópolis de Rabadanes se localizan dentro del actual casco urbano de Las Cabezas de San Juan (Fig. 4). Las obras que la pusieron al descubierto motivaron el hallazgo de una gran cantidad de restos cerámicos. Alguno de esos vestigios, principalmente los de los conjuntos I, II

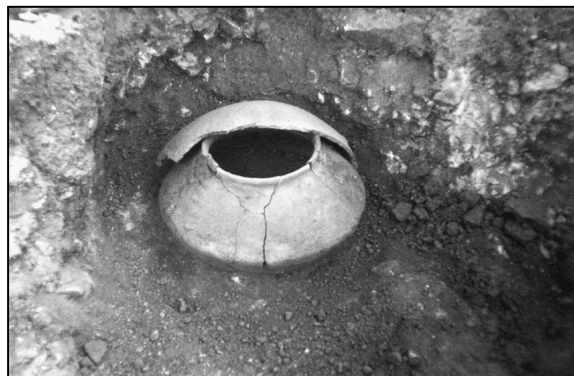


Figura 5: Incineración en urna bicónica del Conjunto I. Foto tomada en el momento del hallazgo.

y V, tenían suficiente entidad como para deducir que el yacimiento se trataba realmente de una necrópolis. De hecho, el grupo I incluía una urna bicónica que conservaba aún los restos óseos incinerados del difunto. En cualquier caso, con la información suministrada por el obrero que tuvo la precaución de recoger los distintos lotes, no es posible hoy identificar automáticamente cada conjunto de hallazgos con una sepultura. De ahí que en la descripción y análisis que exponemos a continuación encontremos agrupaciones que sólo disponen de un fragmento de vasija.

Conjunto I

Corresponde con claridad a un enterramiento, ya que se han conservado los restos de la incineración³. Apareció muy cerca de la acera delantera del solar, en un hueco practicado sobre el sustrato calizo del cabezo (Fig. 5). Se trata de la tumba más intacta de todas, pues la urna cineraria se halló tapada con un gran cuenco que había protegido el ajuar funerario, compuesto por un pequeño recipiente de cerámica y por una pulsera de bronce (Fig. 6).

El recipiente cinerario (CSJ-I-04) pertenece a la forma denominada urna bicónica. Está elaborado a mano, con base plana y borde elevado. Su perfil corresponde al tipo T1C de las ur-

3. Los restos óseos están siendo estudiados en la actualidad por J.C. Pecero. Aunque aún no disponemos de un dictamen definitivo, a simple vista parece que podrían pertenecer a dos individuos, uno de ellos al menos de edad subadulta. Igualmente, su coloración sugiere una cremación bastante homogénea, que ha debido de alcanzar al menos los 650° C., aunque algunos fragmentos más resguardados del fuego sólo llegaron al parecer a los 350° C.

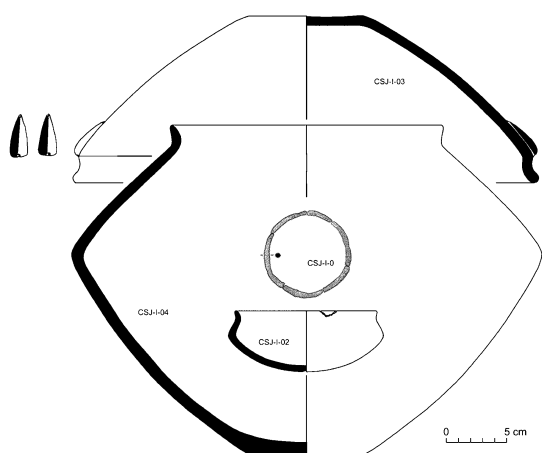


Figura 6: Conjunto funerario I.

nas cinerarias de Les Moreres (González Prats, 2002, 239 y Fig. 182). En el yacimiento cordobés de Vega de Santa Lucía (Palma del Río) se localizó en la estructura denominada Fondo 4 (Muriello, 1994, 11, Fig. 4.53). Aunque allí acompaña sólo a cerámicas a mano, entre éstas están presentes cuencos con borde engrosado hacia el interior que no son necesariamente precoloniales. En consecuencia, y a falta de otra referencia cronológica más precisa, parece arriesgado llevar la forma más allá de comienzos del siglo VIII a.C., sobre todo porque los contextos más claros del Bajo Guadalquivir en los que se documenta este tipo son todos de la fase tartésica coetánea de la colonización fenicia, como veremos. Así, tal vez la referencia más precisa para su datación sea la necrópolis de Setefilla, en la que se usó como urna cineraria en los túmulos A (Aubet, 1975, 117, urna 47, Fig. 50, nº 3) y B (Aubet, 1978, 193, urna B13, Fig. 20, nº 1; 196, urna B16, Fig. 22, nº 1; 204, urna B23, Fig. 28, nº 2), con una fecha que la excavadora considera del siglo VII a.C.⁴ Igualmente, en el ámbito gaditano también su cronología pertenece al Hierro Antiguo, porque está constatado su empleo como recipiente funerario en el enterramiento 34 del túmulo 1 de Las Cumbres, necrópolis de la colonia fenicia de Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez, 1989, 294, Fig.

4. Aunque hemos citado aquí como paralelos sólo las urnas bitroncocónicas de Setefilla que sirvieron como contenedores de la incineración, en esta necrópolis se hallaron bastantes recipientes de este tipo que aparentemente carecían de contenido. M.E. Aubet señala varias veces este hecho, lo que le lleva a pensar en determinado momento que llevaran en su día ofrendas de alimentos hoy perdidas o que fueran urnas cinerarias simbólicas (Aubet, 1975, 77, 96 y 138).

1). Dicha sepultura pertenece a la primera mitad del siglo VIII a.C.

La urna cineraria antes analizada iba cubierta por un gran cuenco carenado en posición invertida, de fondo plano y al menos con un par de mamelones alargados casi tangentes que llevan perforación vertical (CSJ-I-03). Sin más referencia que su tipología, esta forma carece hoy de precisión cronológica, sobre todo cuando se fabrica a mano como en este caso. Por eso, sólo puede ser atribuida de forma genérica al mundo tartésico.

Dentro de la urna cineraria acompañaban a la incineración dos objetos: un pequeño cuenco de cerámica a mano y una pulsera anular de bronce. El recipiente cerámico pertenece a un tipo evolucionado de vasito de tendencia bicónica (CSJ-I-02). Esta clase se ha querido llevar muy atrás dentro del mundo tartésico precolonial, pero hoy está también constatada en el Hierro Antiguo, al menos a finales del siglo IX y en la primera mitad del VIII a.C. según las últimas intervenciones en el Carambolo (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, e.p.). A causa de la oxidación, la pulsera de bronce apareció fragmentada en varios trozos. Aun así, parece que se trató en su día de un aro cerrado con sección circular (CSJ-I-01).

En conjunto, y en atención a los materiales arqueológicos que contenía, esta tumba podría ser datada teóricamente entre los siglos VIII y VII a.C. Aunque el pequeño cuenco alojado dentro de la urna admitiría una fecha aún más vieja, el empleo como recipiente cinerario del vaso bicónico a mano no está constatado antes del siglo VIII a.C. en los yacimientos más cercanos y con datación segura que nos han servido de referencia cronológica. Aun así, como el cuenco no corresponde a un tipo demasiado reciente dentro del Hierro Antiguo, se podría proponer para este conjunto una fecha de la primera mitad del siglo VIII a.C.

Conjunto II

Del Conjunto II poseemos menos información que del anterior. Por tanto, la reconstrucción funcional de cada pieza dentro de este lote según la recogemos en nuestra Figura 7 debe ser tenida por una mera hipótesis basada en lo conocido para el Conjunto I. Por lo pronto, no existen datos referidos a los restos de la supuesta incineración, ni tampoco un registro pormenorizado de la posición que cada una de las tres vasijas que lo componen tenía en la posible sepultura.

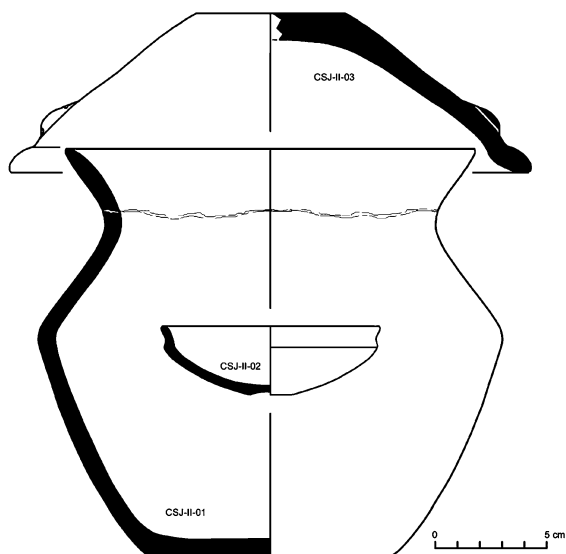


Figura 7: Conjunto II.

La pieza interpretada como recipiente cinerario es una urna bicónica elaborada a mano, con base plana, cuello estrangulado y borde saliente (CSJ-II-01). La forma es típica del Bronce Final en casi toda la geografía europea, incluyendo la práctica totalidad de la Península Ibérica. Pero su cronología se adentra también en el Hierro. En consecuencia, este tipo de vaso no ofrece tanta precisión temporal como la urna bicónica del Conjunto I.

Supuestamente realizaba la función de tapadera en este caso un gran cuenco carenado, de fondo plano y borde ligeramente engrosado, que lleva por fuera un mamelón perforado verticalmente (CSJ-II-03). Ya hemos advertido al analizar la tumba anterior que sobre esta forma de cerámica a mano tampoco pueden llevarse a cabo precisiones cronológicas ajustadas, de manera que sólo señalaríamos su especial abundancia dentro del mundo tartésico.

Finalmente, a tenor de la pauta marcada por el Conjunto I, es posible que el pequeño cuenco carenado de este lote (CSJ-II-02) se encontrara dentro de la urna cineraria. Se trata de una pieza también fabricada a mano, que posee una silueta vinculada igualmente al horizonte tartésico del Guadalquivir inferior y medio, siendo especialmente abundante esta variedad con ombligo en la base en los momentos más viejos del Hierro Antiguo. Dentro de Andalucía occidental, quizás uno de los sitios en que esta especie está mejor fechada corresponda al Cabezo de San Pedro (Huelva). Allí abunda en la fase I, fechable a fines del siglo IX y en la primera mitad

del VIII a.C. (Blázquez *et alii*, 1979, Fig. 11 ss.). Corresponde al tipo B.I de Ruiz Mata (1995, Fig. 7, nº 6-8 y 13), que el autor fecha en el Bronce Final preferencio en la suposición de que el “fondo de cabaña” del Carambolo corresponde a esta cronología anterior a la presencia semita (Ruiz Mata, 1995, 266), cosa que no puede sostenerse después de las últimas intervenciones en lo más alto del yacimiento (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2005).

El estudio de este segundo grupo de piezas sugiere que nos encontramos, como en el caso anterior, ante una sepultura de incineración correspondiente con toda probabilidad a la primera mitad del siglo VIII a.C.

Conjunto III

Está compuesto por un solo fragmento correspondiente al cuello y borde de un vaso tipo Cruz del Negro (CSJ-III-01). Su hipotético uso como urna cineraria en la necrópolis de Rabadanes vendría avalado por otros casos similares procedentes del mundo tartésico y de la zona malagueña. Aun así, conviene recordar que en estos mismos cementerios dicha vasija no desempeñó siempre la función de contenedor de la incineración. Dentro de esta forma se han distinguido distintas variedades, por lo que nos limitaremos a recoger unos cuantos paralelos bien fechados de la modalidad más parecida a nuestro ejemplar, que tiene el cuello de tendencia cónica, el borde engrosado y una pequeña arista apenas insinuada a la altura de las asas. Se trata de un vaso a torno, de pasta clara, superficie exterior alisada y barniz rojo coral en la mitad superior del cuello y en el borde (Fig. 8).

Quizás uno de los ejemplares más parecidos a éste de Las Cabezas sea el encontrado en

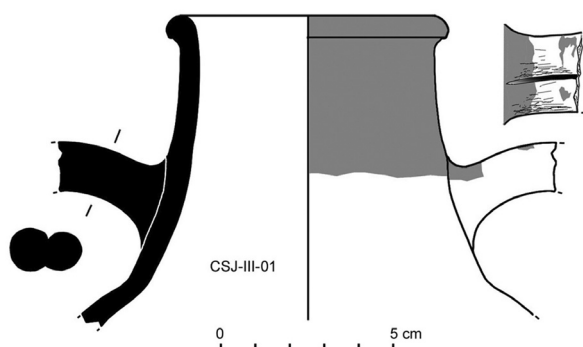


Figura 8: Conjunto IV. Urnas.

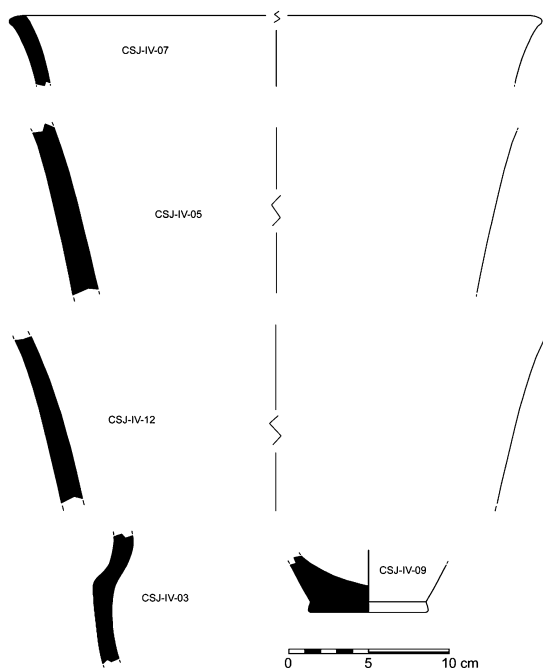


Figura 9: Conjunto IV. Urnas.

el Cerro de la Cabeza de Santiponce (Sevilla). Aunque éste lleva todo el exterior barnizado de rojo, la silueta es casi idéntica al nuestro, faltándole incluso el resalte que otros modelos llevan en la zona de la soldadura superior de las asas con el recipiente. Este paralelo se localizó en el estrato II, de la segunda mitad del siglo VIII a.C. (Domínguez de la Concha *et alii*, 1988, lám. LIII, nº 681). Tal variedad es común en momentos viejos de la presencia fenicia, siendo muy característica de las colonias de la costa mediterránea andaluza (Belén y Pereira, 1985, Fig. 6, nº 1-3). No obstante, penetró muy pronto también por el Guadalquivir, como demuestran los ejemplares del Carambolo (Belén y Pereira, 1985, Fig. 6, nº 4-6).

Como conclusión de este breve estudio, podemos proponer que, si este ejemplar tuvo uso funerario en el yacimiento de Rabadanes, habría pertenecido a una sepultura datable en torno a la segunda mitad del siglo VIII a.C. Esta cronología se acerca a la más antigua propuesta para su presencia en la Península Ibérica —en torno al 750 a.C.—, por lo que no sería extraño que nos halláramos ante un vaso importado dado que su pasta tampoco coincide del todo con los grupos señalados por Belén y Pereira para los ejemplares andaluces. A favor de esta misma idea habla el hecho de que los cuellos que presentan su parte más estrecha junto al borde se parecen más

a los escasos ejemplos orientales conocidos que se tienen por prototipos, como el procedente de Tell Qasile (Belén y Pereira, 1985, 320).

Conjunto IV

El lote de fragmentos cerámicos pertenecientes al Conjunto IV tampoco dispone de precisiones sobre su ubicación y funcionalidad. Presenta básicamente dos grupos de piezas, uno perteneciente a grandes vasos de cuello acampanado, del tipo conocido como *à chardon* (Fig. 9), y otro con recipientes abiertos de menor tamaño (Fig. 10). A estas dos partes de cerámica fabricada a mano hay que sumar la boca de un ánfora fenicia (Fig. 10, CSJ-IV-01).

De nuevo partimos de la hipótesis de que este paquete de tiestos corresponde a una sepultura. De ser así, la propuesta más verosímil podría reconocer como urna cineraria los restos identificados como vaso *à chardon* (Fig. 9), que tienen muchas probabilidades de haber formado parte de un mismo recipiente. Se trataría de una vasija con cuerpo de tendencia esférica y fondo plano del que se habría conservado la base (CSJ-IV-09) y parte del hombro (CSJ-IV-03). Dicho cuerpo es de superficies rugosas, lo que responde a la tónica general de fabricación de tales recipientes a mano en época tartésica. A partir del hombro, marcado con una pronunciada carena, se desarrolla un gran cuello abocinado que lleva la superficie externa tratada con un espatulado vertical (CSJ-IV-05 y CSJ-IV-12). La pieza acaba en un borde ligeramente indicado hacia el exterior (CSJ-IV-07).

Aunque ha sido imposible calcular el diámetro de la boca de la supuesta urna cineraria,

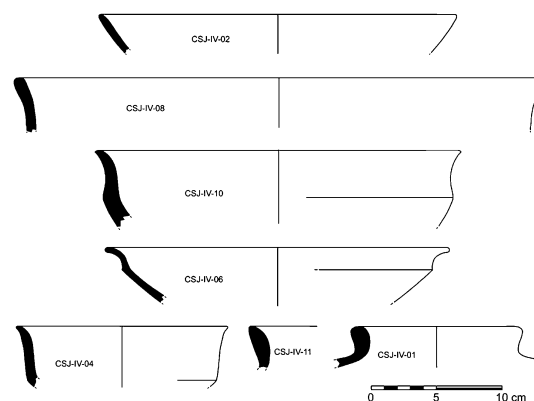


Figura 10: Conjunto IV. Cuencos.

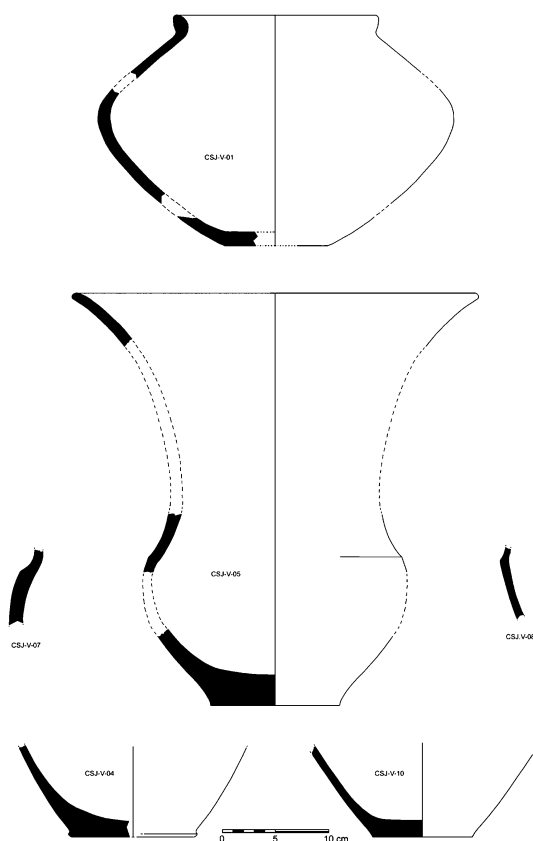


Figura 11: Conjunto V. Urnas.

entre los demás testimonios que componen el Conjunto IV sólo el mayor de ellos podría haber sido usado como tapadera, ya que los vasos *à chardon* suelen presentar bocas muy anchas. Se trata de un recipiente a mano y de cocción reductora que podría haber alcanzado unos 40 cm de diámetro máximo (CSJ-IV-08).

Los demás fragmentos agrupados en este conjunto, que podemos identificar como restos del ajuar que acompañaba a la incineración, corresponden a un cuenco simple en forma de casquete esférico (CSJ-IV-02), a una pequeña escudilla (CSJ-IV-04) y a cuencos carenados (CSJ-IV-06 y CSJ-IV-10).

Dada la escasa precisión cronológica que ofrecen todos estos materiales, la fecha más ajustada para esta supuesta tumba vendría proporcionada por el fragmento de cerámica a torno identificado como boca de ánfora fenicia (CSJ-IV-01). Se trata de un tipo de cuello elevado ligeramente engrosado y hombros con tendencia horizontal que se asemeja al tipo 9 de Tiro, donde aparece en los estratos VI-III, de la primera mitad del siglo VIII (Bikai, 1978, lám. XXI, n° 11).

Dentro de las ánforas fenicias occidentales, correspondería al tipo R-1, o T-10.1.1.1 de Ramón (1995, 229-230), que abarca la segunda mitad del siglo VIII a.C. y los comienzos del VII. Esta fecha cierra el espectro cronológico más amplio suministrado por el vaso *à chardon* a mano, que en el mundo tartésico de Andalucía occidental se usa durante todo el Hierro Antiguo sin apenas variación tipológica (Ruiz Mata, 1995, 277-278).

En conclusión, en líneas generales podría fecharse este probable enterramiento entre el 750 y el 675 a.C.

Conjunto V

El grupo de restos atribuido al Conjunto V está compuesto también por dos tipos de recipientes. A un lado se pueden señalar los grandes vasos cerrados (Fig. 11), formados tanto por el tipo bicónico (CSJ-V-01) como por vasos *à chardon* (CSJ-V-04, CSJ-V-05, CSJ-V-07, CSJ-V-08 y CSJ-V-10). De otra parte se agrupan los recipientes abiertos (Fig. 12), en este caso representados por cuencos simples de tendencia hemisférica (CSJ-V-6, CSJ-V-11 y CSJ-V-12), grandes cuencos carenados (CSJ-V-02, CSJ-V-03 y CSJ-V-13) y una pequeña taza de tendencia bicónica con decoración interior de retícula bruñida (CSJ-V-09). Todas estas vasijas están fabricadas a mano.

Si la sepultura del Conjunto I puede servir de pauta dentro de esta necrópolis, es posible que las obras que la destruyeron arrasaran en

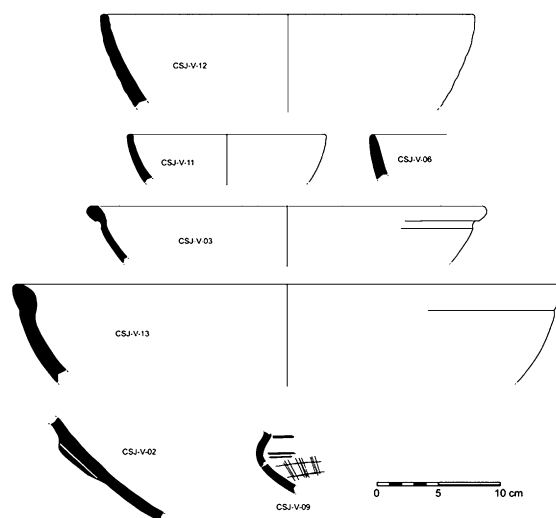


Figura 12: Conjunto V. Cuencos.

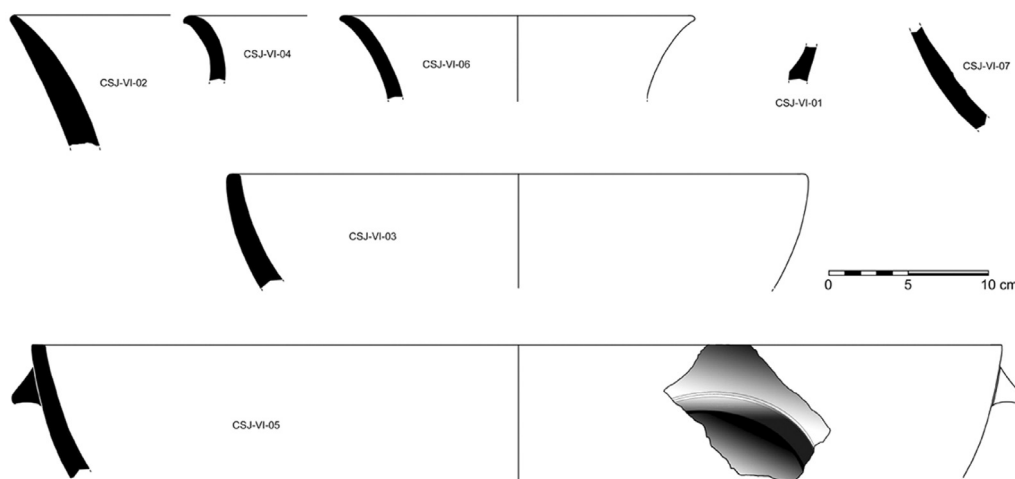


Figura 13: Materiales del Conjunto VI.

este caso más de una sepultura. Esta posibilidad permitiría atribuir al primer subgrupo de contenedores la función de urnas cinerarias, y al resto el papel de tapaderas de éstas y de ajuares. Trabajando con esta hipótesis, proponemos la existencia en su día de al menos tres sepulturas.

Una primera estaría formada por el ejemplar bicónico CSJ-V-01 en calidad de urna cineraria, que estaría cubierto por el cuenco CSJ-V-03. Ya hemos señalado antes la cronología de esta forma, que en el ámbito geográfico y cronológico tartésico se extiende por los siglos VIII y VII a.C. En este caso, nuestra propuesta de que su tapadera fuera el cuenco CSJ-V-03 se basa en la coincidencia de medidas entre el diámetro del vaso bicónico en su zona medial y la del cuenco en su boca. Esta relación es la observada en el enterramiento del Conjunto I.

Una segunda tumba podría haber tenido como urna cineraria el vaso *à chardon* CSJ-V-05, que se recogió muy fracturado pero con el suficiente parecido entre sus distintos trozos como para reconocerlos como del mismo recipiente. Si se tiene de nuevo el tamaño como índice de relación, el único cuenco que podría haber servido de tapadera a esta otra incineración sería el CSJ-V-13.

Por último contamos en este lote con otros vasos *à chardon* que podrían o no haber sido urnas cinerarias (CSJ-V-04, CSJ-V-07, CSJ-V-08 y CSJ-V-10). De hecho, aunque en algunas necrópolis coetáneas a la de Rabadanés esta modalidad de recipiente se usó como contenedor de los restos del difunto, según ocurre en la de Setefilla por ejemplo (Aubet, 1975, Figs. 9,

nº 1; 10, nº 1; 13, nº 1; etc.), en otras formaron parte también de los ajuares. Esto otro se ha constatado en numerosas ocasiones en la Cruz del Negro (Carmona), donde las cenizas se colocan muchas veces en otro tipo de contenedores cerámicos (Amores y Fernández Cantos, 2000, 159). Lo mismo se puede afirmar del cementerio onubense de la Joya (Garrido y Orta, 1978, tumba 12, entre otras). Si estos vasos *à chardon* fueron realmente sepulturas, es posible imaginar sus tapas correspondientes en los cuencos CSJ-V-02 y CSJ-V-12.

Los recipientes de menor tamaño (CSJ-V-06, CSJ-V-09 y CSJ-V-11) formaron parte sin duda de los ajuares de una o varias de estas tumbas.

La imposibilidad de certificar las asociaciones que proponemos aconseja datar este conjunto ampliamente entre los siglos VIII y VII a.C., al menos en un primer acercamiento. Esta cronología no excluye ni siquiera la forma cerámica que aparentemente podría ser más vieja, el cuenco CSJ-V-13, que sigue prototipos muy bien representados en la vajilla pintada de tipo Carambolo (Carriazo, 1973, Fig. 351 ss.). Aún así, la presencia precisamente de dicho cuenco y la del vasito bicónico con decoración bruñida podrían inclinar la datación de al menos parte del lote hacia el siglo VIII a.C. De ser esta fecha más real, se explicaría por qué ni en este grupo ni en el resto de la necrópolis se ha recogido cerámica de la especie Gris de Occidente, tan abundante en otros ambientes funerarios de época tartésica y que comienza sólo a finales de ese siglo para mantenerse durante todo el resto del Hierro Antiguo (Caro, 1989; Vallejo, 2005).

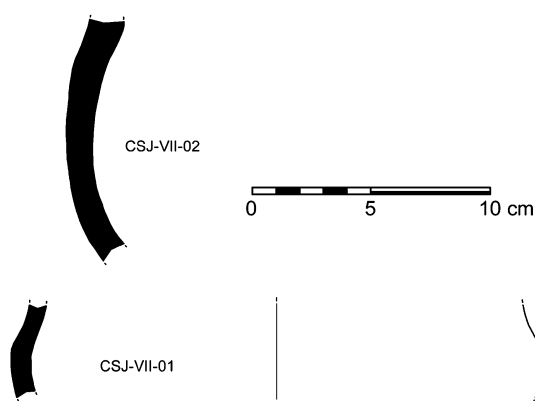


Figura 14: Conjunto VII.

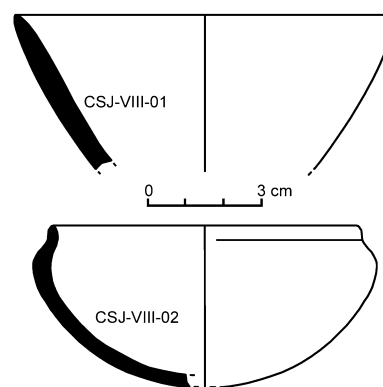


Figura 15: Conjunto VIII.

Conjunto VI

El Conjunto VI carece de referencias claras a su ubicación dentro del solar del antiguo Cine San Juan de Las Cabezas. Además, es quizás uno de los lotes que menos claridad ofrece para su posible identificación con una sepultura (Fig. 13). De todas formas, como en otros grupos anteriores, también aquí se recogió el borde de un vaso *à chardon* a mano (CSJ-VI-02) que podría haber formado parte en su caso de la urna cineraria. Igualmente, un fragmento que lleva adosada un asa de herradura pertenecería a un gran cuenco usado como tapadera de la correspondiente e hipotética incineración. Los demás testimonios evidencian la presencia al menos de un cuenco hemisférico (CSJ-VI-03), un vasito tulipiforme (CSJ-VI-01 y CSJ-VI-06) y un posible cuenco carenado (CSJ-VI-04). Junto a todos estos fragmentos se recogió igualmente un fragmento amorfo de cerámica a torno de pasta clara, posiblemente parte del cuerpo de un ánfora fenicia (CSJ-VI-07).

Las piezas que forman parte de este conjunto están tan fragmentadas que resulta arriesgado atribuirles con claridad a una sepultura, por lo que sería innecesario profundizar demasiado en su cronología. Aún así, el fragmento de ánfora impediría datar el lote en momentos anteriores a la colonización fenicia. Tal fecha del Hierro Antiguo convendría asimismo al cuenco con asa de herradura, porque esta modalidad de agarre está documentada, entre otros sitios de los siglos VIII al VI a.C., en el yacimiento metalúrgico de San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata y Fernández Jurado, 1986, lám. XXVI) y en el Cerro Salomón de Riotinto (Ruiz Mata, 1995, Fig. 29, nº 15-17).

Conjunto VII

En la recogida de materiales arqueológicos durante las obras que afectaron a la necrópolis de Rabadanes se agruparon como Conjunto VII dos fragmentos de vasos *à chardon* a mano de superficies rugosas (Fig. 14). Lo más probable es que en este caso se trate sólo de restos de urnas rotas desde antiguo, por lo que ni siquiera nos atreveríamos a señalar este lote como un enterramiento independiente. En cualquier caso, evidencian una cronología acorde con el resto de los testimonios de esta necrópolis, es decir, de época tartésica colonial. No se tomaron en su día datos acerca de su ubicación dentro del solar, aunque, como todos los demás restos, salieron al parecer en la parte delantera del inmueble.

Conjunto VIII

Tampoco este conjunto de materiales puede ser reconocido directamente como una sepultura (Fig. 15). El lote consta sólo de dos testimonios: lo que parece un soporte de carrete (CSJ-VIII-01) y un cuenco que recuerda el perfil de las pequeñas tazas bicónicas de época tartésica arcaica (CSJ-VIII-02). En ambos casos estaríamos tal vez ante parte del ajuar de una o dos sepulturas, pero la falta aquí de la correspondiente urna cineraria puede hacer dudar de que se trate de una tumba diferente de las analizadas con antelación. No constan datos relativos a su ubicación dentro del lugar del hallazgo.

Cronológicamente, una de estas piezas al menos podría corresponder a un momento relativamente viejo de la fase tartésica colonial, porque el cuenco CSJ-VIII-02 tiene paralelos en

el estrato XIII de la Mesa de Setefilla (Aubet *et alii*, 1983, Fig. 23, nº 47), cuya cronología corregida puede llevarse al siglo IX a.C. (Escacena, 1995, 184-185), momento fundacional del santuario fenicio del Carambolo (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, e.p.) y por tanto de la presencia fenicia más arcaica en el Bajo Guadalquivir.

RABADANES Y LAS NECRÓPOLIS DE ÉPOCA TARTÉSICA DE LA BAJA ANDALUCÍA

Con los datos que hasta ahora hemos podido recopilar de la necrópolis de Rabadanes resulta segura la existencia de al menos una tumba, de la que se han conservado los restos óseos incinerados del difunto (Conjunto I). Dado que el solar se vació, hasta la cota superficial de la tierra virgen al menos, con medios mecánicos, no descartamos la existencia de otros enterramientos, que posiblemente se alojaron en los recipientes biconicos, en la urna tipo Cruz del Negro o en los vasos à chardon, y que pasarían desapercibidos a los obreros o que no se recogieron. En cualquier caso, debemos recordar que las demás necrópolis conocidas de época tartésica cuentan con vasijas de estos tres tipos que no siempre se utilizaron para contener incineraciones, sino que se hallaron aparentemente sin contenido alguno. Por esta razón, a pesar de los argumentos que hemos esgrimido a la hora de estudiar cada conjunto acerca de cuál pudo ser la urna cineraria correspondiente, no puede hacerse una correspondencia mecánica entre número de vasijas cerradas y cantidad de enterramientos.

La necrópolis de Rabadanes, asociada al asentamiento que ya en época tartésica pudo recibir el nombre de *Conobaria*, vuelve a plantear de forma cruda algunos de los problemas sobre el mundo tartésico que aún no ha resuelto la investigación. De un lado estaría el tema cronológico, básicamente resumido en la inexistencia de enterramientos que se puedan adjudicar de manera inequívoca a la fase histórica del Bronce Final prefenicio. De otra, y dado que estaríamos por tanto ante un cementerio de tiempos coloniales, la adjudicación étnica de la población que allí recibió sepultura.

El empleo en este asentamiento de casas circulares durante el siglo VIII a.C., constatado como hemos adelantado en el sector de Las Cabezas de San Juan conocido como Cerro Mariana, permitiría defender que en este enclave habitó una comunidad perteneciente al grupo de los *Turta*, nombre étnico de la gente local, y por tanto

no fenicia⁵. Esta correlación se basa en la idea de que difícilmente los fenicios, acostumbrados en sus metrópolis orientales a vivir en casas de muros rectos, habrían sido aculturados por los indígenas de Tartessos hasta el punto de abandonar sus costumbres sobre la arquitectura doméstica. De esta forma, la cabaña redonda puede ser un claro marcador arqueológico de etnicidad para distinguir en el ámbito cultural tartésico a la población residente de la sobrevenida (Izquierdo, 1998). Contando con esta premisa, la necrópolis de Rabadanes podría ser adjudicada a la tradición vernácula sin más problema. No obstante, esta vinculación muestra serias objeciones, que tienen que ver con la solución paralela de las fricciones que plantea para la interpretación de otros datos arqueológicos. Por una parte, no explica por qué en todo el ámbito tartésico falta un registro funerario similar en los momentos anteriores a la colonización fenicia. Por otro, desmonta la explicación funeraria de las armas que durante estos momentos se están arrojando a los ríos, una de las hipótesis mejor construidas para la comprensión de esta conducta de las poblaciones atlánticas de finales de la Edad del Bronce.

La necrópolis de Rabadanes no soluciona ninguno de estos asuntos si se toma como cementerio de la población autóctona de Tartessos. Sin embargo, dado su inicio en unos momentos en que está comenzando la colonización fenicia del Bajo Guadalquivir, podría significar la presencia de orientales desde muy pronto en la ciudad de *Conobaria* si admitiéramos que podría corresponder a las más antiguas sepulturas de esta población de origen mediterráneo. Tal solución vendría apoyada por lo conocido en los últimos treinta años en el asentamiento gaditano de Doña Blanca. Allí, la asimilación de su necrópolis tumular de Las Cumbres a la comunidad tartésica no planteó problemas científicos cuando paralelamente la ciudad se tenía por asentamiento también tartésico. Sin embargo, ahora que Doña Blanca ha pasado a ser quizás la colonia fenicia más paradigmática de Andalucía occidental, su necrópolis coetánea deberá ser vinculada necesariamente a esa población fundadora de origen semita.

Partir de la hipótesis de que en la antigua ciudad de *Conobaria* hubo, desde su fundación en el siglo VIII a.C. o quizás ya a fines del IX, un contingente demográfico mixto solucionaría algunas de estas dificultades científicas. Por una

5. Recogemos respecto al gentilicio *Turta* la propuesta de F. Villar (1995).

parte, permite catalogar como casas indígenas las chozas circulares del Cerro Mariana. Por otro lado, no impide reconocer que la norma edilicia que construía viviendas de muros rectos en ese mismo asentamiento fuese utilizada tanto por cananeos como por tartesios, los primeros como inercia cultural de su tradición arquitectónica urbana ya milenaria, y los segundos como producto de una influencia sobre su propio bagaje cultural por parte de los fenicios recién llegados. Esta misma hipótesis que asume la existencia de poblaciones mixtas, y que sostiene la posibilidad de que las influencias culturales desde los fenicios hacia los *Turta* fuesen profundas en cuestiones tecnológicas descargadas de ideología de identificación grupal, tendría que admitir paralelamente la dualidad de tradiciones funerarias, ya que en este campo del universo religioso las barreras culturales son notablemente más fuertes e impiden con frecuencia la permeabilidad y la interacción cultural. Dicho de otro modo: la cohabitación de grupos étnicos distintos en los mismos enclaves ha llevado históricamente más a la existencia de cementerios y lugares de culto separados que a la hibridación, sobre todo cuando los universos religiosos contruidos por las poblaciones que inician el contacto han evolucionado por derroteros muy distintos, esto es, cuando se encuentran muy alejados entre sí.

Proponemos por tanto, como hipótesis más verosímil, que si una parte del componente demográfico de la *Conobaria* del Hierro Antiguo pertenecía a la etnia de los *Turta*, la tradición funeraria de esta parte de la población consistiera en arrojar los muertos a las aguas, como de hecho hacían los grupos europeos de la fachada atlántica durante el final de la Edad del Bronce (Belén, 2001, 40-42; Belén y Escacena, 1995, 110). Dicha costumbre está bien constatada precisamente en todo el estuario del Guadalquivir, con hitos que van desde la antigua *Ilipa* (Alcalá del Río) hasta las playas onubenses de Matalascañas, frente a Sanlúcar de Barrameda (Ruiz-Gálvez, 1995, 30 y Fig. 9, nº 4). De esta forma, quienes dieron sepultura a sus difuntos en la necrópolis de Rabadanes pudieron formar parte de los colonos mediterráneos llegados con la colonización fenicia, fuesen o no cananeos en el sentido más estricto del término. Por entonces, los fenicios practicaban tanto la incineración

como la inhumación, lo que se ha constatado de nuevo en los cementerios orientales de la Cruz del Negro (Amores y Fernández Cantos, 2000, 159) y de la Angorrilla (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007). En última instancia, la calidad científica de esta propuesta vendría acrecentada por el hecho de que ella misma sirve para explicar por qué, llegada la segunda mitad del siglo VI a.C., acaban prácticamente todas las necrópolis protohistóricas de Andalucía occidental, en coincidencia con el final de la colonización fenicia arcaica en este territorio. Si dejó de haber comunidades de origen oriental, necesariamente debieron desaparecer sus cementerios. Sólo pervivió la necrópolis gaditana, porque sólo Cádiz continuó ocupada por población fenicia durante el Hierro Reciente.

Se podría objetar a esta propuesta que parte del repertorio cerámico usado en la necrópolis de Rabadanes y en otras coetáneas no sigue la tradición alfarera fenicia. Esto no ocurre precisamente con los vasos à *chardon*, cuya silueta es de origen oriental claro a pesar de que en Tartessos se elaboraran en gran parte sin la técnica del torno. Sí puede achacarse, en cambio, a las urnas bicónicas a mano localizadas en los Conjuntos I, II y V. Pero este argumento olvida que para cualquier tradición funeraria arraigada en su correspondiente cuerpo de creencias escatológicas, lo importante en el rito es su adecuación al dogma, y no las cuestiones tecnológicas de unas vasijas que, en la mayor parte de los casos, debieron verse como simples contenedores. Salvo que la forma de la propia urna cineraria tuviera significado simbólico, cosa que pudo ocurrir precisamente con los vasos à *chardon* porque imitaban fielmente la flor de loto (Escacena 2000, 231-233), no fue sin duda lo más preocupante para quienes enterraron al antepasado muerto el tipo de vasija que daría cobijo a sus cenizas, sino el tratamiento del difunto y todas las acciones rituales que propiciaban su tránsito al más allá.

Prof. Dr. Manuel Pellicer Catalán
Prof. Dr. José Luis Escacena Carrasco
Dpto. de Prehistoria y Arqueología
Facultad de Geografía e Historia
Universidad de Sevilla
c/ María de Padilla s/n
41004 Sevilla
escacena@us.es

DESCRIPCIÓN DE LOS MATERIALES

CSJ-I-01	Aro de bronce, sección circular
CSJ-I-02	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, color gris castaño, alisado
CSJ-I-03	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, color gris castaño, bruñido
CSJ-I-04	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris verdoso, exter. bruñido, inter. alisado
CSJ-II-01	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris negruzco, exter. alisado, inter. rugoso
CSJ-II-02	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño grisáceo, exter. bruñido, inter. espatulado
CSJ-II-03	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris castaño, bruñido
CSJ-III-01	Cerámica, torno, oxidante, desgrasante fino, gris crema, alisado, barniz rojo
CSJ-IV-01	Cerámica, torno, oxidante, desgrasante fino, exter. anaranjado, exter. grisáceo
CSJ-IV-02	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, exter. castaño, inter. negro, bruñido
CSJ-IV-03	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, negruzco, exter. rugoso bajo el hombro y bruñido sobre el hombro, inter. alisado
CSJ-IV-04	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño oscuro, exter. alisado, inter. bruñido
CSJ-IV-05	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris, exter. bruñido-espatulado vertical, inter. alisado
CSJ-IV-06	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, grisáceo, bruñido
CSJ-IV-07	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño, exter. espatulado vertical, inter. rugoso
CSJ-IV-08	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño y grisáceo, exter. alisado, inter. rugoso
CSJ-IV-09	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño, rugoso
CSJ-IV-10	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño, bruñido
CSJ-IV-11	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris, bruñido
CSJ-IV-12	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño, exter. bruñido vertical, inter. rugoso
CSJ-V-01	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris, exter. bruñido, inter. alisado
CSJ-V-02	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, inter. negro, exter. gris castaño, exter. bruñido, inter. alisado
CSJ-V-03	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris, bruñido
CSJ-V-04	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris, rugoso
CSJ-V-05	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño, cuerpo rugoso, cuello espatulado vertical
CSJ-V-06	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, negro, bruñido
CSJ-V-07	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris castaño, cuerpo escobillado, cuello bruñido horizontal
CSJ-V-08	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, exter. negro, inter. castaño, exter. bruñido, inter. rugoso
CSJ-V-09	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, exter. negro, inter. gris, exter. bruñido, inter. alisado, decoración inter. bruñido
CSJ-V-10	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, exter. castaño, inter. negro, rugoso
CSJ-V-11	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, negro, bruñido
CSJ-V-12	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris claro, exter. rugoso, inter. alisado
CSJ-V-13	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, exter. gris verdoso, inter. negro, bruñido
CSJ-VI-01	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño, bruñido
CSJ-VI-02	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño rojizo, rugoso
CSJ-VI-03	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño, núcleo negro, exter. rugoso, inter. alisado
CSJ-VI-04	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris oscuro, rugoso
CSJ-VI-05	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño y negruzco, exter. rugoso, inter. alisado
CSJ-VI-06	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, gris castaño, bruñido
CSJ-VI-07	Cerámica, torno, oxidante, desgrasante fino, crema, sin tratamiento
CSJ-VII-01	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño, rugoso
CSJ-VII-02	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, negro y castaño, rugoso
CSJ-VIII-01	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, castaño y negruzco, bruñido
CSJ-VIII-02	Cerámica, mano, reductora, desgrasante fino, exter. castaño, inter. negro, bruñido

BIBLIOGRAFÍA

AGUAYO, P., CARRILERO, M., DE LA TORRE, M.P. y FLORES, C., 1986: «El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución», *Arqueología Espacial*, 9, *Coloquio sobre el Microespacio* 3, 33-58, Teruel.

AMORES, F. y FERNÁNDEZ CANTOS, A., 2000: «La necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla) », en C.

Aranegui (ed.), *Argantonio, rey de Tartessos*, 157-163, Sevilla.

ARTEAGA, O., SCHULZ, H.D. y ROOS, A.M., 1995: «El problema del 'Lacus Ligustinus'. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las Marismas del Bajo Guadalquivir», *Tartessos 25 años después, 1968-1993, Jerez de la Frontera*, 99-135, Jerez de la Frontera.

- AUBET, M.E., 1975: *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla* (Programa de Investigaciones Protohistóricas II), Barcelona.
- AUBET, M.E., 1978: *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla (túmulo B)*, Barcelona.
- AUBET, M.E., SERNA, M.R., ESCACENA, J.L. y RUIZ DELGADO, M.M., 1983: *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, Excavaciones Arqueológicas en España 122, Madrid.
- BELÉN, M., 2001: «La cremación en las necrópolis tartésicas», en R. García y J. Morales (coord.), *Arqueología Funeraria: Las Necrópolis de Incineración*, 37-78, Cuenca.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J.L., 1995: «Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico», en M. Ruiz-Gálvez (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, Extra 5 de *Complutum*, 85-113, Madrid.
- BELÉN, M. y PEREIRA, J., 1985: «Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía», *Huelva Arqueológica*, VII, 307-360.
- BELTRÁN, J., 1999: «Las Cabezas de San Juan (Sevilla): de Vgia a Conobaría», *Habis*, 30, 383-295.
- BELTRÁN, J. y ESCACENA, J.L., 2001: «Excavación y seguimiento arqueológicos en el "Cerro Mariana", en el casco urbano de Las Cabezas de San Juan (Sevilla) », *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1998. III, Actividades de Urgencia*, vol. 2, 1014-1021, Sevilla.
- BERNÁLDEZ, E. y BERNÁLDEZ, M., 2000: «La basura orgánica de Lebrija en otros tiempos. Estudio paleobiológico y tafonómico del yacimiento arqueológico de la calle Alcazaba de Lebrija (Sevilla) », *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 32, 134-150.
- BIKAI, P.M., 1978: *The pottery of Tyre*. Aris & Phillips, Warminster.
- BLÁZQUEZ, J.M., RUIZ MATA, D., REMESAL, J., RAMÍREZ, J.L. y CLAUS, K., 1979: *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977*, Excavaciones Arqueológicas en España 102, Madrid.
- BORJA, F. y DÍAZ DEL OLMO, F., 1994: «Fases de aluvionamiento reciente y paisajes históricos», en J.M. Campos et alii (ed.), *Arqueología en el entorno del bajo Guadiana. Actas del encuentro internacional de arqueología del Suroeste*, 15-25, Huelva.
- CARO, A., 1989: *Cerámica gris a torno tartesia*, Cádiz.
- CARO, A., ACOSTA, P. y ESCACENA, J.L., 1987: «Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la calle Alcazaba (Lebrija-Sevilla) », *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1986. II, Actividades Sistemáticas*, 168-174, Sevilla.
- CARRIAZO, J. de M., 1973: *Tartessos y el Carambolo*, Madrid.
- DÍAZ DEL OLMO, F., 1989: «Paleogeografía tartésica», en M.E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, 13-23, Sabadell.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C., CABRERA, P. y FERNÁNDEZ JURADO, J., 1988: «Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla) », *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30, 119-186.
- ESCACENA, J.L., 1993: «De la muerte de Tartessos. Evidencias en el registro poblacional», *Spal*, 2, 183-218.
- ESCACENA, J.L., 1995: «La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el «Bronce» que nunca existió», *Tartessos 25 años después. 1968-1993. Jerez de la Frontera*, 179-214, Jerez de la Frontera.
- ESCACENA, J.L., 2000: *La arqueología protohistórica del Sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto*, Madrid.
- ESCACENA, J.L., RODRÍGUEZ DE ZULOAGA, M. y LADRÓN DE GUEVARA, I., 1996: *Guadalquivir salobre. Elaboración prehistórica de sal marina en las antiguas bocas del río*, Sevilla.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A., 2005: «El complejo monumental del Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Un santuario orientalizante en la paleodesembocadura del Guadalquivir», *Trabajos de Prehistoria*, 62, 1, 111-138.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A., 2007: «Vida y muerte en la Ilipa tartésica», en E. Ferrer et alii (ed.), *Ilipa Antiqua. Alcalá del Río desde la Prehistoria y la Época Romana*, Alcalá del Río.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A., e.p.: «El Carambolo, un santuario oriental en la paleodesembocadura del Guadalquivir», *VI Congreso de Estudios Fenicios y Púnicos* (Lisboa 2006).
- GARRIDO, J.P. y ORTA, E.M., 1978: *Excavaciones en la necrópolis de «la Joya», Huelva. II. (3ª, 4ª y 5ª campañas)*, Excavaciones Arqueológicas en España 96, Madrid.
- GAVALA, J., 1959: *La geología de la costa y bahía de Cádiz y el poema «Ora Maritima», de Avieno*, Madrid. Ed. Fac-símil, 1992, Cádiz.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 2002: *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España) (s. IX-VII AC)*, Alicante.
- IZQUIERDO, R., 1998: «La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico», *Zephyrus*, 51, 277-288.
- MENANTEAU, L., 1982: *Les Marismas du Guadalquivir, exemple de transformation d'un paysage alluvial au cours du Quaternaire récent*, Paris.
- MURILLO, J.F., 1994: *La cultura tartésica en el Guadalquivir medio, Ariadna*, 13-14. Palma del Río.
- RAMÓN, J., 1995: *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental, Instrumenta 2*, Barcelona.
- RUIZ MATA, D., 1995: «Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico», *Tartessos. 25 años después, 1968-1993. Jerez de la Frontera*: 265-313. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera.
- RUIZ MATA, D., FERNÁNDEZ JURADO, J., 1986: *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*, en *Huelva Arqueológica VIII* (nº monográfico).
- RUIZ MATA, D., PÉREZ, C., 1989: «El túmulo 1 de la necrópolis de «Las Cumbres» (Puerto de Santa María, Cádiz)», en M.E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*: 287-295. AUSA, Sabadell.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1995: «Depósitos del Bronce Final: ¿Sagrado o Profano? ¿Sagrado y, a la vez, profano?», en M. Ruiz-Gálvez (ed.), *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el Mundo del Bronce Final Europeo*, Extra 5 de *Complutum*, 21-32, Madrid.
- SÁNCHEZ ANDREU, M., 1994: *Las necrópolis tumulares de los Alcores (Sevilla)*, Cádiz.
- SCHULTEN, A., 1955: *Fontes Hispaniae Antiquae I*, Barcelona.
- TORRES, M., 1999: *Sociedad y mundo funerario en Tartessos, Bibliotheca Archaeologica Hispana 3*, Madrid.
- VALLEJO, J.I., 2005: «Las cerámicas grises orientalizantes de la Península Ibérica: una nueva lectura de la tradición alfarera indígena», en S. Celestino y J. Jiménez (ed.), *El Periodo Orientalizante*, Anejos de *Archivo Español de Arqueología XXXV*, 1149-1172, Mérida.
- VILLAR, F., 1995: «Los nombres de Tartessos», *Habis*, 26: 243-270.